



# BREVE HISTORIA DE LOS MALES DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

PEDRO GARCÍA GUIRAO\*  
Instituto Cervantes de Praga

*Para J. Alberto Antolín Encinas*

**1-. A vueltas con la República.** El 14 de abril de 1931 se proclamaba en España la II República. Setenta y seis años después de aquél acontecimiento la República continúa viva a través de sus admiradores, fervientes seguidores y, por supuesto, también a través de sus innumerables detractores. Pero, ¿qué tipo de tradición republicana es la que ha imperado a lo largo de la historia de España? Son varias las respuestas. Habrá quien diga que ha triunfado la tradición federalista, otros dirán que la liberal, otros dirán que simplemente la tradición democrática aunque lo cierto es que, al margen de los libros y de los parlamentos, es decir, al margen de la Historia Oficial, la República de la España popular vino definida –al menos según el panfleto aquí estudiado–, como contraposición a la monarquía; la república de esa época fue más sentimental que racional; fue, por decirlo de algún modo, una *república negativa* en cuanto a que se opuso a toda forma de gobierno basada en la tradición monárquica y no se definió a sí misma sino como incompatible con otra organización política, en este caso la monarquía. Grandes discursos sobre teoría republicana fueron ofrecidos por los profesionales de la política en el Congreso, pese a ello, el pueblo en general no fue capaz de asimilar la doctrina republicana en su forma positiva. Casi nos atreveríamos a decir que en esa España, los republicanos de la clase popular lo fueron a regañadientes, no porque estuvieran convencidos al cien por cien de ciertas doctrinas de corte republicano sino más bien

---

\* Licenciado en Filosofía por la Universidad de Murcia e investigador independiente, ha sido *Visiting Instructor* en el Departamento de *Romance Studies* de Duke University (EEUU) y en la actualidad ejerce como profesor colaborador en el Instituto Cervantes de Praga, donde también prepara su tesis sobre la ministra anarquista Federica Montseny dentro del contexto de la Guerra Civil española. Correo electrónico: pegagues@gmail.com



porque la historia y, más en concreto, la historia de la monarquía española, en demasiadas ocasiones, apareció salpicada por la ineficiencia, el capricho, la tiranía, la ignorancia y el atraso social, económico y político. Ante semejante panorama, parece decirnos R. Mogrovejo en este panfleto, ¿quién no se haría republicano, o anarquista, o comunista, o liberal o, en definitiva, contrario a un sistema político desastroso en diversos sentidos? Esa, por tanto, es la República aquí analizada en cuanto antítesis a una monarquía española adherida al desacierto.

Entre los elementos teóricos necesarios para entender a qué nos referimos al hablar de una *república negativa*, conviene tener presente una distinción conceptual muy sencilla pero muy útil para cribar con cierto rigor como mínimo dos formas de entender el republicanismo. En uno de sus libros sobre la historia del pensamiento republicano en Hispanoamérica, José Antonio Aguilar Rivera utiliza una terminología dual que quizás nos puede ayudar a entender mejor los dos tipos de república encontradas en el mundo hispanoamericano y que, por supuesto, pueden también ser aplicables al caso español. En primer lugar estaría la *República epidérmica o formal* definida en su tesis fuerte como contraria al sistema monárquico y, en segundo lugar, la *República sustantiva o densa* propia de Estados libres con ciudadanos políticos. En palabras del autor esta última: «La república "densa", por llamarla de algún modo, presupone la existencia de un Estado libre. Esto es, un cuerpo político autosuficiente conformado por ciudadanos libres capaces de determinar autónomamente sus propios fines. La república perdura gracias a la *virtud*, definida como la capacidad de cada ciudadano para poner los intereses de la comunidad por encima de los suyos. Para sobrevivir, la república debía mantener ardiendo el espíritu cívico»<sup>1</sup>. La pregunta acerca del sistema que triunfó en España tal vez sea irresoluble, pero a grandes rasgos podemos decir que de ceñirnos a lo dicho en *Historia de un crimen: Ni Franco ni la monarquía*, la respuesta como ya hemos dicho se hace obvia, a través de una *República epidérmica o formal*. Para el autor, nada puede frenar al republicanismo contestatario y contrario a la monarquía de Alfonso XIII. En ese ejercicio antimonárquico las evidencias son para él irrefutables y así lo reflejará a lo largo

---

<sup>1</sup> J.A. AGUILAR Y R. ROJAS (coord.): *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE., 2002, p.69.



de todo el texto: «Baste que los hechos históricos lo demuestren irrefutablemente, para dejar bien sentado ante el mundo que la monarquía en España es la violencia, el cadalso y el desorden; la cárcel, la corrupción y la represión esclavizadora»<sup>2</sup>.

**2-. *La República es la paz, la Monarquía es la guerra.*** Nada más empezar, el autor de este panfleto escrito en el exilio mexicano pero publicado en Toulouse, da por sentado lo siguiente en la introducción: «La Monarquía en España es la guerra civil constante, perenne; desde el advenimiento al trono –a principios del siglo pasado- de Fernando VII, el rey perverso, aliado a las hordas terroríficas del clericalismo y a los verdugos absolutistas, hasta el período borbónico de Alfonso XIII, el rey traidor» (HC, p.3). Veamos a continuación en qué se basa el autor para proferir semejantes afirmaciones.

Los últimos coletazos del siglo XIX iban a despedirse del siglo a través de un amplio muestrario de acontecimientos muy negativos que vienen a representar la aptitud monárquica en los quehaceres políticos españoles. Mogrovejo enumera esas muestras más significativas: 1) Los procesos de Montjuic por los que el 4 de mayo de 1897, 28 personas eran condenadas a muerte de un modo más o menos arbitrario en respuesta al atentado en la procesión del Corpus Christi de Barcelona en 1896. 2) El desastre colonial, por el cual España firmaba la paz en París el 10 de diciembre de 1898, perdiendo Cuba, Puerto Rico y Filipinas, lo que suponía la muerte del Imperio español, el debilitamiento internacional, la emergencia de grandes divisiones en el seno militar y social y el intervencionismo político de Norteamérica. 3) Durante la Semana Trágica de Barcelona (del 25 de julio al 1 de agosto de 1909) motivada en principio por la Guerra de Marruecos, el pedagogo libertario Francisco Ferrer y Guardia será acusado de ser el instigador de la rebelión llevada a cabo en forma de una violenta huelga general. Cargos

---

<sup>2</sup> R. MOGROVEJO, *Historia de un crimen: Ni Franco ni la monarquía*, Toulouse, Páginas Libres, 194? p.4. A partir de aquí citaremos la obra con la abreviatura HC, seguida de la página correspondiente. Note el lector que existe un error en la paginación del panfleto entre las páginas 36 y 38 del original que ha sido respetado en la edición de *Biblioteca Saavedra Fajardo*. De la página 36 hay que pasar a leer la 38 y de la página 37 a la 39.



que pese a la protesta internacional le llevarán a muerte. El 13 de octubre de 1909 será fusilado para horror de todos los defensores de la libertad del mundo<sup>3</sup>.

Tres ejemplos muy concretos que llevan al autor, sin ningún titubeo, a afirmar que: «A través de los años, hasta nuestros días, los criminales monárquicos cada vez más feroces, más sedientos de sangre van sucediéndose, engendrando violencias inquisitoriales, a las cuales respondía el pueblo con movimientos de huelga, de protestas elocuentes que en vez de ser resueltas con inteligencia y solucionadas con generosidad, provocaban mayores cóleras a los que se juzgaban señores feudales, de voluntad soberana e indiscutible» (HC, p.6.). Son, para él, los primeros pasos de lo que será una amplia historia de los males de la monarquía española. Males que, por otro lado, inclinarán siempre la balanza claramente, al menos en un primer momento, hacia los más desfavorecidos, hacia la clase trabajadora, hacia los más miserables, hacia el proletariado asfixiado desde siempre por las tiranías de unos y otros que harto de su situación cree poder solucionarla uniéndose, formando un movimiento obrero capaz de exigir unas mínimas reivindicaciones políticas, económicas y sociales. Ahora bien, la emergencia de los movimientos obreros en España llevará aparejada otra emergencia en respuesta reaccionaria: los pistoleros apadrinados por la patronal, por los estamentos policiales e incluso por el mismo rey, protegidos por su grupo, la Unión Patriótica, lo que será después la Falange.

Con la huelga general de 1917 encendida por la represión de un acto izquierdista llamado la *Asamblea de los Parlamentarios*, y al observar cómo la España monárquica en vez de resolver los innumerables problemas sociales se dedicaba a crear aún más tensión, se inicia un proceso antimonárquico que deja de ser exclusivo de los movimientos obreros y comienza a seducir a una clase militar cada vez más descontenta con el funcionamiento del país: «Ocurrían estos acontecimientos en el año de 1917 y aparecieron entonces las célebres juntas de defensa militar, formadas por oficiales y que veladamente estaban contra la monarquía. Su caudillo era el coronel Benito Márquez, espíritu más abierto a las concepciones modernas, servido por mayor tolerancia y

---

<sup>3</sup> Para un análisis más detallado sobre este tema véase mi estudio, «Francisco Ferrer y las misiones pedagógicas del anarquismo español», en *Biblioteca Saavedra Fajardo*, 2007, pp.1-14.



flexibilidad de inteligencia. Y, como medida de seguridad que impidiese la infiltración del espíritu reaccionario, de ellas no podían formar parte los generales» (HC, p.7). Pronto, esas juntas que en su origen habían ocultado sus verdaderas intenciones, vieron la luz, produciéndose cierta inestabilidad e inquietud en los cuarteles. El propio autor del panfleto<sup>4</sup>, R. Mogrovejo, nos contará en calidad de *Presidente del Comité de Acción Secreta*, cómo desde antes del 4 de enero de 1918 las conjuras se extendieron por toda España, llegando incluso a darse una primera intentona de levantamiento en *el regimiento de infantería de León número 38 de guarnición en Madrid* del que él mismo era miembro. Ese primer movimiento acabó en el calabozo<sup>5</sup>, ahora bien, el autor advierte que la semilla antimonárquica había sido extendida por todas las clases militares, creando simpatizantes hasta en la mismísima Escolta Real de Alfonso XIII: «Las características y funcionamiento de la organización de las Juntas de Sargentos completóse [sic] inmediatamente. Todos los cuerpos y armas, sin excepción, incluso Alabarderos y Escolta Real, nombraron delegados en sus respectivos grupos, batallones, regimientos o unidad, los cuales constituían la Junta de Guarnición, a la vez que los delegados de guarnición formaban la Junta Regional y uno de cada región la central» (HC, pp.8-9).

Aunque, por supuesto, de ningún modo el movimiento antimonárquico se redujo a unos militares insatisfechos con la patria que los monárquicos estaban creando, sino que más bien los militares fueron quienes establecieron los contactos necesarios para encontrar unidad civil en la conjura. Esa difícil búsqueda de unidad hizo que tuvieran que intentar pacificar a los tres principales oponentes de la monarquía como eran los partidos republicanos, los socialistas y, por último, los anarquistas o el movimiento sindicalista en general: «[...] Comenzamos nuestra tarea por medio de negociaciones secretas con los republicanos, socialistas y sindicalitas: el primero que visitamos fue Melquíades Álvarez,

---

<sup>4</sup> El autor como muchos otros pensadores libres, aun siendo miembro de un estamento tan aparentemente reaccionario, tradicional y poco dado a los cambios, como es el militar: «Pertenece, en definitiva, a esa minoría que intentaba traer el progreso material y político a una España campesina, ignorante, religiosa y pobre, gobernada por un monarca frívolo y entregado a los militares, Alfonso XIII, y explotada por una oligarquía de caciques, repartidos entre los conservadores y los liberales del régimen de la Restauración, que se alternaban en el poder desde 1875 para que nada sustancial cambiase». En M.A. VILLENA, *Victoria Kent. Una pasión republicana*, Barcelona, Debate, 2007, p.44

<sup>5</sup> «Habiendo tenido conocimiento el Ministro de la Guerra, Juan de la Cierva y Peñafiel, de que, el cuatro de enero debería estallar un movimiento militar, de acuerdo con el elemento civil, de carácter republicano, se procedió a la disolución de las juntas y expulsión de los herejes» (HC, p.14)



-en aquella época todavía era republicano- al cual le expusimos nuestro plan. Le pareció muy bien, pero nos dijo que no viéramos a nadie más y que él sería Presidente de la República. Después vimos a Lerroux, el cual estuvo de acuerdo con todo lo expuesto; Marcelino Domingo y Rodrigo Soriano se portaron dignamente; Pablo Iglesias nos dijo estas palabras que nunca olvido: “Es un golpe de mucha audacia, pero nosotros estamos con ustedes”... y Mauro Bajatierra, delegado de Madrid de la Confederación Nacional del Trabajo, muy entusiasmado, también nos dio su conformidad» (HC, p.11). Pero los planes se vinieron abajo.

Las razones por las que fracasó el alzamiento militar del 4 de enero de 1918 fueron las filtraciones que de las reuniones secretas se hicieron a la prensa. La prensa reaccionaria sospechaba muy intuitivamente que algo estaba gestándose en el seno de la institución militar. Sus continuas campañas, pusieron al gobierno en alerta y los controles e inspecciones contra posibles levantamientos se intensificaron hasta tal punto que no hubo posibilidad de poner en marcha lo previsto. Esos militares *herejes*, pese a las amenazas y presiones sufridas, continuaron creyendo en las mismas ideas republicanas que siempre habían defendido. No sólo continuaron creyendo sino que en cada sublevación posterior fueron los primeros en estar presentes. Así hasta el gran enfrentamiento de 1936 en el que voluntariamente lucharon con todas sus fuerzas contra el Golpe del General Francisco Franco.

Poco después del intento de alzamiento militar de 1918, a principios de febrero de 1919, estalló en Barcelona la huelga de *La Canadiense* (principal compañía energética de Barcelona) debido a que su gerente, el señor Foronda, hizo oídos sordos a las reivindicaciones *más bien morales que materiales*, despidiendo a 8 trabajadores afiliados a varios sindicatos que acabaron en prisión con la acusación de radicalismo. Según el texto, la huelga se inició el 19 de marzo de 1919 aunque, en realidad, las fechas exactas van del día 5 de febrero hasta el 19 de marzo (algunos focos del conflicto se extenderán hasta el último día de marzo). Lo que importa señalar aquí es el grado de represión al que se llegó para frenar la huelga general. Además de las vías habituales que el Estado posee para reprimir los frentes huelguistas, en ese tiempo existía la figura del pistolero, unas veces voluntario y otras pagado por la patronal y la unión patriótica (falangistas y



monárquicos). El nombramiento del gobernador Martínez Anido y del jefe de la policía Arlegui, supuso el inicio de una época de terror para anarquistas, sindicalistas y personas humildes en general que luchaban solamente por conseguir unos mínimos derechos y libertades en sus puestos de trabajo. En ese período, la pertenencia a un sindicato o a un ateneo cultural suponía casi un delito que podía pagarse muy caro: «Los crímenes más repugnantes que registra la historia de España, cometieron aquellos dos monstruos a su paso por el gobierno de Barcelona. No respetaron nada: ancianos, mujeres y niños fueron inmolados. Innumerables obreros y elementos de ideales nobles y generosos fueron encarcelados en masa y condenados a grandes torturas; fueron los autores de las deportaciones por carretera y de la ley de fuga» (HC, p.17). Mogrovejo se pregunta retóricamente: «Y, el Rey ¿qué hacía el Rey?...» (HC, p.17). El Rey desoía las protestas que se producían tanto en el interior como en el exterior, agrandando el descontento que su figura producía. El Rey, en este caso, ni reinaba ni gobernaba, sólo buscaba su enriquecimiento personal que de un modo obvio, únicamente podía ser apoyado por los elementos más reaccionarios de la sociedad española.

Otro ejemplo a propósito de esos elementos reaccionarios viene dado por la figura de Manuel Bravo Portillo. Antiguo espía alemán, fue nombrado comisario de Policía en Barcelona. Su misión esencial consistió en eliminar a todos los cabecillas del sindicato anarquista (principalmente de la CNT). Para ello se sirvió incluso de la población civil más recalcitrante. Esa *guerra sucia* llegó hasta tal extremo que el propio Bravo Portillo entregaría carnés de policía a los pistoleros para facilitar su labor sanguinaria. Los asesinatos que llevaron a cabo y tuvieron mayor repercusión fueron los de Massoni, Pablo Sabaté (“El Tero”), Segura y el industrial Josep Albert Barnet entre otros miles de inocentes. Judicialmente, los crímenes quedaron impunes ya que aunque Bravo Portillo fue procesado, condenado y destituido, lo cierto es que continuó trabajando en un segundo plano a los órdenes del capitán general Milans del Bosh en su labor de sangrienta criba dentro de la CNT; extrajudicialmente, la justicia obrera cumpliría con su trabajo y dos meses después del asesinato de Sabaté, Bravo Portillo caía víctima de un atentado mortal. Igual suerte correría uno de los mayores responsables de la masacre contra los obreros: el presidente Eduardo Dato. El 8 de marzo, los anarquistas Pedro



Mateu, Juan Casanellas y Luis Nicolau, acabaron con su vida en la madrileña Plaza de la Independencia. El Rey tuvo noticia del fallecimiento de Dato cuando se encontraba, por supuesto, en el Teatro Real y consciente de que si se les aplicaba la pena de muerte a los anarquistas sería el inicio de la revolución, conmutó la pena por 30 años de prisión que no llegaron a cumplir debido al indulto recibido con la proclamación de la II República.

A esta lista de desaciertos monárquicos hay que añadir que: «La política de la nefasta monarquía en Marruecos, de escándalos por los generales despóticos y ambiciosos; de humillación a los moros y altos jefes llegó a tal grado de tirantez en su relaciones con las Kábilas que sobrevino la rebeldía del Kaid Abdel-Krim, el cual atacó y cercó a las fuerzas españolas» (HC, p.22). Según Mogrovejo y gracias al esclarecedor *Informe Picaso*, el único responsable de la matanza de 21.000 militares españoles muertos fue Alfonso XIII, al que acusa de, en uno de sus múltiples ataques de extravagancia y capricho, ordenar a los generales Silvestre y Berenguer semejante locura. Después de aquel desastre la figura del Rey ya no podía sostenerse por sí sola ante la opinión pública: «Así, el 13 de septiembre de 1923 el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, encabeza un golpe de Estado, respaldado por otros jefes militares y sancionado por el rey Alfonso XIII. La dictadura asumió los poderes ejecutivos, legislativos y judiciales y las instituciones pasaron a depender de los militares, al tiempo que se creó un somatén armado en todo el país que encomendó a los uniformados la inspección de los municipios tras haber disuelto los ayuntamientos. Primo de Rivera suspendió primero, y derogó después, la Constitución de 1876; suprimió el Parlamento, sustituido por una Asamblea Nacional Consultiva sin capacidad legislativa ni de control del gobierno, y borró de un plumazo la mayoría de las libertades públicas»<sup>6</sup>. Ese período dictatorial no fue excesivamente sangriento pero sí represor en cuanto a libertades públicas se refiere. Esto provocó protestas, continuos levantamientos y mayor enemistad entre la población y Alfonso XIII. Antiguos monárquicos no pudieron soportar que el rey apoyara tan abierta y caprichosamente al régimen de Primo de Rivera y decidieron dejarlo de lado. Éstos, junto a los intelectuales más representativos de la época hicieron saber al Rey su rechazo

---

<sup>6</sup> M.A. VILLENA, *Victoria Kent. Una pasión republicana*, Barcelona, Debate, 2007, p.64.





frontal a semejante forma de actuar: «El Rey Alfonso ya no tenía nadie a su lado, se encontraba solo y a la vera de la fosa, que él mismo cavara para su destronamiento ya inevitable» (HC, p.29).

A raíz de ello, en septiembre de 1930, Niceto Alcalá Zamora, Alejandro Lerroux, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Santiago Cásares Quiroga, Indalecio Prieto, Miguel Maura Gamazo, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz, Francisco Largo Caballero, Luis Nicolau de Olwer y Diego Martínez Barrio, firmaron el llamado *Pacto de San Sebastián* que dio origen a la constitución del Comité revolucionario. «El Comité Republicano fué [sic] encarcelado en la “Modelo” de Madrid » (HC, p.38). El Rey, en un último esfuerzo por salvar su posición envió a su colaborador José Sánchez Guerra a *la Modelo* en busca de consenso y una posible colaboración entre la monarquía y ese Comité revolucionario. La respuesta de Alcalá Zamora a Sánchez Guerra fue: «Ni como fiscales socorreremos a la monarquía. No hay más solución que la República» (HC, p.38). Por su parte, la monarquía, con sus innumerables despropósitos no tenía nada que hacer en España. El 12 de abril de 1931, las elecciones municipales dejaban patente que a partir de ese día España sería una República. Niceto Alcalá Zamora y Torres se encargó de la presidencia del gobierno provisional de la República. Lo que sucedió después casi no es necesario contarlo porque es sabido por todos.

Al final Mogrovejo dice: «El pensar que España acepte ahora después de todo lo sucedido un rey es uno de los disparates más grandes de la época ¿Cómo es posible una monarquía en mi tierra después de lo que ésta ha visto y sufrido? La destrucción de vidas y hogares, de ideales y de doctrinas. La dignidad y el patriotismo español jamás de los jamases tolerarán tan abominable crimen. Ni Franco, ni don Juan ¡Vida la libertad!» (HC, p.40).

Terminamos esta sección como empezaba, repitiendo que la República era la paz, la Monarquía era la guerra. Porque cuando «los dominadores niegan ya a los dominados todos los medios legales para obtener una victoria en la esfera de los poderes públicos; no tardarán los dominados en apelar a las armas»<sup>7</sup>. Así, la propia reacción fue la causante de

---

<sup>7</sup> F. PI Y MARGALL, *La reacción y la revolución: estudios políticos y sociales*, Barcelona, Anthropos, 1982, p.125.



provocar los conflictos del pueblo armado puesto que no dejó la menor posibilidad de resolver los abusos de poder de un modo legítimo, no dejó actuar los mecanismos democráticos que el pueblo ya había empezado a hacer suyos por ser los que más convenían a todos, por ser, en definitiva, los más justos y los que la ley del número, a través de las elecciones, había dictado.

**3-. *Unamuno le pide cuentas al rey.*** Aun desconociendo el carácter inédito o no de la breve carta que Unamuno escribió a Alfonso XIII y que aparece en este panfleto<sup>8</sup>, lo cierto es que en ella se desvelan cuestiones decisivas para entender al Unamuno más político y más comprometido aunque también al más contradictorio y sufriente. En el documento aquí analizado, el que fuera probablemente el vasco más orgulloso de ser español, realiza una mordaz crítica contra Alfonso XIII, un rey que estuvo, desgraciadamente para España, muy por debajo de su tiempo y de su posición. Amigo infatigable de la caza, de los casinos, de los negocios oscuros, del vino y de la buena vida propia de los señoritos de la época<sup>9</sup>, delegó en manos de los militares más poder del que debería, conspiró con todo aquél que le ofreciera ciertas garantías personales que mantuvieran su estilo de vida, desoyó y despreció los mínimos requerimientos que el pueblo le pedía, convirtiendo sus intervenciones políticas en verdaderos desaciertos que hundirán a España en una situación insostenible tanto nacional como internacionalmente.

Estos son algunos de los rasgos generales que pueden servir para describir a Alfonso XIII. Ahora bien, ¿qué es lo que le reprocha Unamuno? Habrá quien piense que es el resentimiento ya que el rector de la Universidad de Salamanca fue desterrado en 1924 por Primo de Rivera a la isla de Fuerteventura, de la que escaparía unos meses después. De 1924 a 1930 permanecerá en París, regresando ese mismo año tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, Unamuno comienza recordándole que su campaña contra la monarquía no obedece a cuestiones personales y ni siquiera filosóficas contra el reinado. Obedece más bien a una cuestión positiva: el amor por la patria española. Cosa que dice claramente echar en falta en el monarca. No sólo eso, sino que además va

---

<sup>8</sup> HC, pp.30-32.

<sup>9</sup> Véase HC, p.24.



mofándose abierta e internacionalmente del pobre pueblo español, ese mismo que se hace cargo de sus caprichos y de los altos honorarios de toda la familia real. Unamuno le reprueba con estas palabras: «¡Qué triste idea tiene, señor, de los españoles, de sus súbditos, de sus vasallos!» (*HC*, p.30); para afirmar poco después: «¡Tenga piedad de la pobre España, señor, tenga piedad de la pobre España! No añada a su opresión el sarcasmo. No se burle de ese pobre pueblo abatido» (*HC*, p.31). Ese llamamiento a la piedad se refiere a que deje de apoyar a los secuaces de Primo de Rivera y ayude al pueblo a vivir más dignamente, sin ser explotado, humillado y saqueado por sus compinches y amigos. Semejante apoyo no hizo otra cosa que aumentar la impopularidad del Rey, demostrando a todos su incapacidad e irresponsabilidad a la hora de reinar, Alfonso XII estaría contribuyendo al asentamiento del republicanismo antimonárquico en el pueblo español. El Rey, exponente máximo de España, máximo responsable de los tristes destinos del país, tendrá que responder tarde o temprano de sus sucios compromisos, tan contrarios al interés de una patria española fuerte, libre y poderosa.

Una vez dicho esto, le criticará directamente su apoyo y vinculación a quienes han dado el Golpe de Estado. Ni siquiera los ha apoyado por convicciones ideológicas (una supuesta cruzada contra el fantasma rojo) sino solamente por cuestiones de interés económico: «[...] ahora los que roban son los que detentan el poder, los ladrones son los que sostiene al Rey. Los sucios negocios que se han desarrollado desde 1923 hasta hoy son verdaderos golpes de mano. Ni siquiera sacar el espantajo del comunismo, mucho más que se haya podido robar durante las huelgas, que no eran cosas de comunistas y por agentes gubernamentales, se ha robado en esa cruzada –así la llamo señor delante del Papa- de Marruecos, donde había libertad de emborracharse y de berrear. Los ladrones están allí, entre los piojos que le rodean y le sostienen y acaso le subvencionan y le ayudan a hacer la pacotilla al destronamiento» (*HC*, p.31).

La breve carta termina con un lacónico: «Dios ha puesto ya la mano, señor, sobre su cabeza hueca. Se lo dice Miguel de Unamuno» (*HC*, p.32). Pero no fue Dios quien puso la mano sobre su cabeza sino la democracia. Las elecciones del 12 de abril de 1931 y la posterior proclamación de la II República dos días después, acabaron de forma pacífica con 45 años de reinado (su reinado comenzó en 1886, año de su nacimiento). La



ejemplaridad de la que dio muestra el gobierno republicano en la partida del Rey desde Cartagena fue excepcional. Podemos saberlo por la descripción que de ello hace Mogrovejo en el panfleto: «A la llegada de Alfonso XIII al Arsenal de Cartagena, le recibieron las autoridades de la Plaza y le rindieron honores militares, por orden del Gobierno de la República. Eran las cuatro y media de la madrugada. –¿Pero no se ha sublevado el ejército?... preguntó el último traidor de los Borbones... –Nadie le respondió... Embarcó en el Príncipe Alfonso. Eran las cinco y cuarto cuando zarpó rumbo a Marsella. Entró en su camarote y no salió hasta su llegada a tierra de Francia» (HC, p.37)

Alfonso XIII, con la sorna que le caracterizaba, todavía se atrevió a manifestar: «espero que no habré de volver, pues ello sólo significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz». Y sólo volvieron sus restos mortales en 1980, tras un exilio de 10 años en Roma que acabaría con él en 1941.

**4-. La neutralidad de Unamuno y la Tercera España.** Una de las paradojas más llamativas del pensamiento político unamuniano y, más en concreto, de los estudios histórico-políticos de reputados críticos, es aquella que reside en etiquetar a este autor con el calificativo de *neutral*. Como es sabido, el adjetivo *neutral* es aplicable a toda persona que no participe de ninguna de las opciones en conflicto. Esa apariencia de neutralidad es la que lleva, por ejemplo, a Paul Preston a afirmar lo que sigue: «A aquellos hombres que intentaron, en vano, traer la paz a España –crimen por el que algunos perdieron la vida o la libertad y otros perdieron la patria y el sustento-, se denomina generalmente “la tercera España”. Durante la guerra civil española y después, hubo muchos que sufrieron a causa de su moderación. Hubo algunos –Salvador de Madariaga, Niceto Alcalá Zamora, el cardenal Vidal i Barraquer, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset entre los más conocidos-, cuya neutralidad les condenó al ostracismo y al exilio interno o externo. También hubo otros hombres de paz cuyos sufrimientos materiales y morales en manos de los franquistas fueron mayores»<sup>10</sup>. Para el afamado hispanista ésta, la de la neutralidad de la tercera España, es por decirlo de algún

---

<sup>10</sup> P. PRESTON, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Debolsillo, 2006, p.229-230.



modo, una virtud, algo que merece ser elogiado por ser un índice de cordura y medida en unos tiempos –se nos dice, vendidos al extremismo. Este estoicismo político, sin embargo, aparece en nuestra opinión salpicado de problemas que afectan las bases y la credibilidad de determinados autores. Así sucede que es posible encontrar, como mínimo, dos inconvenientes a esta teoría de la neutralidad política en tiempos de guerra, que aplicamos en esta ocasión a Unamuno por ser el autor que estamos estudiando. Un primer inconveniente, más o menos obvio, se refiere a lo que podemos llamar el problema de la justicia histórica. Por justicia entiéndase aquí la descripción que de ella hace Aristóteles: *justicia es dar a cada cual lo que le corresponde*. Siguiendo esa definición y si contamos que hace un instante se ha clasificado a Unamuno de *neutral*, a este autor le correspondería, por justicia histórica, la neutralidad, esto es, el respeto por parte de todos los bandos en conflicto. Ahora bien, ese respeto ha sido traducido de forma negativa en un uso partidista de la figura del filósofo vasco. Unamuno, declarándose neutral, estaría dejando en manos de la posteridad su alma. A partir de entonces, después de muerto, se habría convertido tristemente en un pelele, en una marioneta a la cual activar, usar e interpretar a gusto de cada cual. Esta ha sido la base para que misteriosamente se nos presente a un Unamuno supuestamente “comprometido” con *unos y otros*. Semejante “compromiso”, no obstante, ha sido interpretado en diversas ocasiones más bien como mera duda, como indecisión, como sufrimiento ante dos tendencias demasiado extremas para él. La indecisión, por supuesto, en tiempos de la Guerra Civil no estaba bien vista por nadie. El “conmigo o contra mí” adquirió un grado tan radical que muchas personas se vieron abocadas a un estado de máxima zozobra ante la imposibilidad de digerir con entusiasmo las alternativas ideológicas que se presentaban encima de la mesa: «Las máximas figuras del pensamiento español y extranjero proclamaron de una forma o de otra su angustia, su honda preocupación frente al conflicto armado. Todos conocen la zozobra que se apoderó de Unamuno en los primeros meses de la guerra, que coincidieron con los últimos de su vida, por no saber a qué ideología aliarse»<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> M. BERTRAND DE MUÑOZ, «Teoría y método narratológicos para el estudio de la novela política de la Guerra Civil Española», *Hispania*, Vol. 77, Nº 4 (December, 1994), p.720.



Pero con zozobras o no –y este sería el segundo inconveniente de la teoría de la neutralidad-, lo cierto es que Unamuno, según la definición de neutralidad que se ha dado más arriba, no fue en ningún momento de su vida neutral. Basta con estudiar mínimamente al autor para darnos cuenta de que Unamuno, repetimos que con dudas o sin ellas, militó a lo largo de su vida en ideologías y partidos políticos de lo más opuestos entre sí. Conviene en este caso dejar presente que lo que estamos haciendo aquí no es juzgar a Unamuno por sus militancias; lo que intentamos hacer aquí es exclusivamente desmontar las teorías a propósito de la neutralidad de Unamuno. Dicho esto, podemos encontrar históricamente al menos a un Unamuno anarquista, a otro socialista, a otro republicano, a otro católico, a otro ateo o como mínimo agnóstico, a otro franquista, a otro falangista e incluso a un Unamuno liberal, nacional, nacionalista, etcétera, etcétera. Para corroborar la existencia de cada uno de estos Unamunos vamos a detenernos por un instante en algunos de ellos.

En primer lugar, el autor del panfleto presenta a Unamuno en los siguientes términos: «Don Miguel de Unamuno, catedrático de la Universidad de Salamanca y uno de los varones más insignes que encabezaban al movimiento libertario de España [...]» (*HC*, p.30). Ni que decir tiene que Unamuno en realidad no sentía más que un apego teórico al movimiento libertario, es decir, al igual que Palmiro de Lidia, Francisco Pi y Margall, Joaquín Dicenta, Julio Camba, Baroja, el primer Maeztu y el primer Azorín entre muchos otros, participaba de los valores de un anarquismo que podríamos adjetivar como intelectual. Sus colaboraciones literarias y teóricas se pueden encontrar dispersas en los siguientes medios que simplemente enumeramos a modo de ejemplo: La revista *Ciencia Social*, 1895-6. El autor escribirá varios artículos en ella. El número 4 resulta de lo más combativo: «La dignidad humana». La *Revista Blanca*, 1898-1905. En el número 1 es posible leer un artículo suyo titulado «Literalismo» en el que expone las conexiones entre los artistas y las clases privilegiadas. El número 10 escribirá: «Notas sobre el determinismo en la novela». El número 114 es el más comprometido ideológicamente con el título: «La novela contemporánea y el movimiento social». Unamuno, en el número 135, incluso se atreverá a escribir sobre temas científicos: «La teoría atómica». En *El Porvenir del Obrero* 1899-1914 se pueden leer dos de sus colaboraciones; en el



número 214: «La vida» y en el número 287: «Los hombres fuertes». Por último, en *La Voz del Cantero*, 1906-7, en los números 107 y 132, nos encontramos con colaboraciones de Unamuno sobre el 1º de mayo. Pese a dichas colaboraciones en los medios libertarios, el rector de la Universidad de Salamanca siempre sintió que tenía una verdadera falta de fe en la revolución libertaria por considerarla demasiado radical, hereje y a favor de valores en los que él simplemente no creía. Defendería a lo largo de su vida una libertad teórica que es posible rastrear en casi todos sus escritos, ahora bien, la libertad real, la que hubo que conquistar con las armas y con cierto grado de barbarie le causaba un malestar difícil de ocultar en público. Malestar que reflejaba la lucha titánica a la que el filósofo tuvo que enfrentarse en su vida personal: «El Unamuno de la leyenda se había identificado con la revolución; pero el íntimo, el que oía la misteriosa voz, no tardaría en identificarse con la paz, con el silencio, terrible silencio, de algunas aldeas españolas. [...] Al apartarse de la revolución temeroso del aire que ésta tomaba, abandonando el papel de libertador de galeotes abandonaría también, momentáneamente siquiera, su vestidura legendaria, y caería de nuevo al verdadero dolor; es decir, advertiría de nuevo que lo que en el fondo de su conciencia había no era “lucha” o “duda”, sino una completa falta de fe»<sup>12</sup>.

En segundo lugar, durante esos años de juventud en los que colaboró con la prensa libertaria, Unamuno se fue inclinando ideológicamente cada vez más hacia el socialismo. De hecho, el partido socialista será el primero en el que milite de manera oficial. Antes de estos años, fue simpatizante de muchos movimientos generalmente críticos con el sistema, pero ninguno de ellos le ofrecía la suficiente confianza como para alistarse en sus filas. Así que con apenas 30 años recién cumplidos: «Unamuno se afilió al partido socialista a finales de 1894, comenzando entonces a colaborar en la prensa socialista. En octubre de 1894 apareció *La Lucha de Clases* y Unamuno se ofreció inmediatamente para escribir en el semanario»<sup>13</sup>. No obstante, Unamuno pronto se desencantará de la cosmovisión de corte marxista que imperaba en el partido: «La ruptura no lo es sólo con

<sup>12</sup> A. SÁNCHEZ BARBUDO, «Los últimos años de Unamuno: San Manuel Bueno y el Vicario Saboyano de Rousseau», *Hispanic Review*, Vol. 19, Nº 4 (October, 1951), pp.283-284.

<sup>13</sup> D. NÚÑEZ Y P. RIBAS, *Unamuno. Política y filosofía: Artículos recuperados (1886-1924)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, p.11.



el socialismo como partido, sino como una forma de considerar los problemas sociales, la política, la labor del intelectual»<sup>14</sup>. La ruptura definitiva coincidirá con los primeros pasos revolucionarios dados en Rusia. El ejemplo de la revolución soviética, con el tiempo, le llevará a convertirse en un antimarxista total: «[...] Creemos que puede decirse que el antimarxismo de Unamuno desde 1917 es sencillamente una negación frontal del leninismo o, dicho en otras palabras, de la actitud revolucionaria. Unamuno no fue nunca revolucionario en términos de toma del poder por el proletariado. Pero su afianzamiento en posiciones liberales y su obsesiva inquietud religiosa hicieron que viese el levantamiento de las masas o bien como movimiento irresponsable o bien como juego de pasiones. En cualquiera de los dos casos, el liberalismo de los últimos años de su vida fue un creciente encierro en su soledad»<sup>15</sup>.

En tercer lugar, de su etapa republicana únicamente destacaremos, por considerarlo como ejemplo suficiente de lo que estamos diciendo, el hecho de que Unamuno fuera diputado de las Cortes constituyentes de la República.

Los aspectos que podríamos definir como más polémicos vendrán dados por su adhesión más o menos clara a los movimientos reaccionarios, tales como el carlismo, el franquismo y el falangismo. Y si dicha adhesión no siempre fue obvia, sí que lo fue un cierto “dejarse querer” por la reacción durante un período de su vida marcado por la crisis y por una neutralidad irreal. Esa relación de amor y odio pronto se romperá, por un lado, por una mutua e irreconciliable incompatibilidad de caracteres y, por otro lado, por la muerte del filósofo. Pese a ello, los falangistas siempre recuerdan orgullosos que los restos de Unamuno –esos de los que se dice que políticamente nadie quería hacerse cargo-, fueron llevados a hombros hasta el cementerio por ellos. En este punto resulta esclarecedor citar brevemente el por todos conocido encontronazo con Millán<sup>16</sup>, jefe de la

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p.23.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p.26.

<sup>16</sup> El famoso incidente con el jefe de la legión se puede resumir del siguiente modo: « [Millán] tuvo un encontronazo con el rector de la Universidad de Salamanca, el filósofo y novelista Miguel de Unamuno, de setenta y dos años. El 12 de octubre de 1936 en el paraninfo de la universidad se celebraba el Día de la Raza, aniversario del “descubrimiento” de América por Colón. Millán había llegado escoltado por sus legionarios armados con metralletas, afectación que conservaría a lo largo de toda la guerra. Varios oradores soltaron los consabidos tópicos acerca de la “anti-España”. Un indignado Unamuno, que había estado tomando apuntes sin intención de hablar, se puso de pie y pronunció un apasionado discurso. [...] En ese punto, Millán empezó a gritar: “¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?” Su escolta presentó armas y





legión y máximo exponente de la reacción española en aquella época, que se saldó con la pérdida del rectorado de la Universidad de Salamanca, aunque en dicho encontronazo quedó bien definida la posición de un Unamuno cansado de unos y otros extremistas. De ahí que resulte un tanto desproporcionado hablar de neutralidades que no fueron tal cosa. Es más: «Su posición política poco debió cambiar, en el fondo, después de 1930. Atacaba él a unos y otros extremistas. En 1934, cuando la abortada revolución y la represión del gobierno de Gil-Robles, fue cuando más “antifajista” él se mostró. Pero no debió tardar en sentir frente al movimiento de izquierdas, creciente otra vez a partir de entonces, los temores que ya antes había sentido; y esos temores sin duda aumentaron después del triunfo electoral del “Frente Popular” en febrero de 1936. Por ello se adhirió a carlistas rebeldes y militares, a esos mismos elementos que él siempre había criticado, al estallar la guerra civil. No tardó en sentirse alejado de éstos, en verse aislado y combatido; pero exageran los que piensan que llegó simpatizar con los del otro bando. Murió sin darse cuenta de ello, junto al brasero de su hogar de Salamanca, pero sus últimos días debieron ser muy amargos»<sup>17</sup>.

*Praga, otoño de 2007*

---

alguien del público gritó: “¡Viva la muerte!” En lo que, según Ridruejo, fue un exhibicionismo fríamente calculado, Millán habló: “¡Cataluña y el País Vasco, el País Vasco y Cataluña son dos cánceres en el cuerpo de España, viene a exterminarlos, cortando en la carne viva y sana como un frío bisturí!” [...] Se produjo un silencio mortal y unas miradas angustiadas se volvieron hacia Unamuno. “Acabo de oír el grito necrófilo e insensato de ‘Viva la muerte’. Esto me suena lo mismo que ‘¡Muera la vida!’ Y yo, que he pasado toda la vida creando paradojas que provocaron el enojo de quienes no las comprendieron, he deciros, con autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente”. [...] Furioso, Millán gritó: “Muera la inteligencia”. [...] Unamuno no se amilanó y concluyó: “¡Éste es el templo de la inteligencia! ¡Y yo soy su supremo sacerdote! Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en lucha. Me parece inútil pediros que penséis en España” [...]» Recogido en: P. PRESTON, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Debolsillo, 2006, pp.90-93.

<sup>17</sup> A. SÁNCHEZ BARBUDO, «Los últimos años de Unamuno: San Manuel Bueno y el Vicario Saboyano de Rousseau», *Hispanic Review*, Vol. 19, Nº 4 (October, 1951), pp.319-320.